

LA MUERTE DEL TLATOANI COSTUMBRES FUNERARIAS EN EL MÉXICO ANTIGUO

DORIS HEYDEN

Entre las costumbres funerarias del México antiguo, la cremación era común, sobre todo para los tloaque, “reyes”, y los nobles. ¿Habrá sido esta práctica una reminiscencia de la inmolación de los dioses en la creación del Quinto Sol en Teotihuacán, cuando las deidades se inmolaron en el fuego para que el sol pudiera andar por el cielo? En las fuentes históricas hay poca información sobre la razón de la cremación. Sin embargo, la *Historia de México* apunta que “después [de morir] habían de quemar los cuerpos y guardar las cenizas porque esperaban que Mictlantecuhtli, dios del infierno los dejaría salir y así resucitarían otra vez” (1973: 104). Los cronistas describen los ritos funerarios, la corteza, la madera consideradas divinas en estas ceremonias, tienen un papel importante en los funerales de los dirigentes.

Igual que los manantiales, las cuevas y los cerros, a los árboles los consideraban animados y se les hacían invocaciones y ofrendas (Durán 1967, I: 282). La madera y otras partes del árbol acompañaban a la gente desde su nacimiento hasta la muerte. Los árboles resinosos, sobre todo los pinos, eran especialmente apreciados.¹ Asimismo, el uso del papel de corteza, el *amatl*, fue frecuente en los ritos. La “leña de los dioses”, es decir, la corteza, fue el material especial para quemar los cuerpos de los señores, “así tenían a aquel género de leña en gran reverencia”, y al incinerar el cadáver del tlatoani, esta corteza hacía “muy hermosa brasa y muy durable en el brasero divino” (Durán, 1967, II: 296, 295). Aquí veremos lo que han dicho los historiadores de los siglos XVI y XVII de la muerte y los funerales de los señores principales en el México antiguo.

¹ Cien especies del género *Pinus* (Pinaceae coníferales) existen en todo el mundo; más de la mitad se encuentran en México (Styles, 1993: 397).

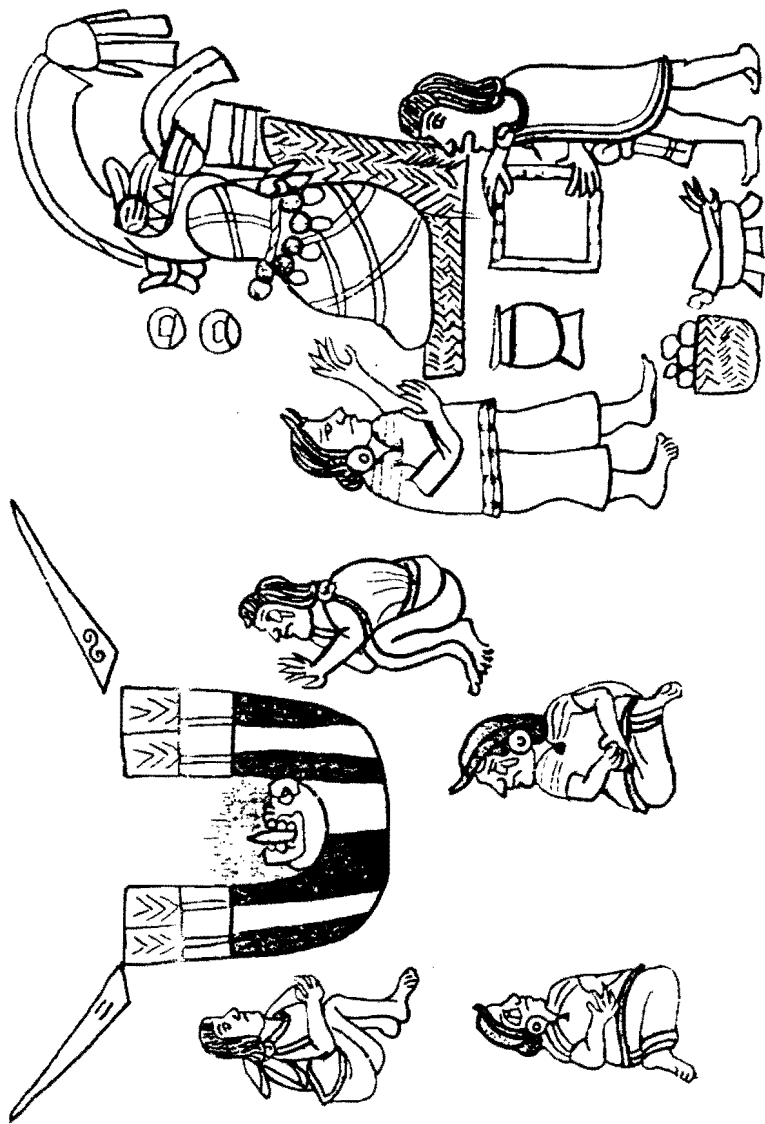
Motolinía

Según fray Toribio de Benavente o Motolinía, 1554, (1971: 304-307), las exequias de los señores se llevaban a cabo de esta manera: los ritos funerarios se efectuaban cuatro días después de la muerte. Las personas que participaban en la ceremonia ofrecían mantas y otras cosas pero principalmente esclavos “para matar delante del difunto”. Cortaban unas guedejas de cabello de lo alto de la coronilla porque se creía que “la memoria de su ánima” se encontraba en los cabellos y los juntaban con otros que se le habían cortado cuando nació, todo puesto en una caja “pintada por dentro con figuras del demonio”. Envolvían el cuerpo en quince o veinte mantas finas, ponían un jade en la boca para representar el corazón. Una máscara “pintada” se colocaba sobre la cara y se adornaba el cuerpo con las insignias del dios principal del lugar, en cuyo templo o patio se había de enterrar.

Las mujeres, familiares y amigos del difunto iban llorando, otros cantando o tocando atabales. Los sacerdotes recibían el cuerpo y allá en el patio del templo lo quemaban con ocote y con “cierto género de incienso que llaman *copalli*”. El primer esclavo sacrificado era el que en la casa del difunto había sido el encargado de cuidar la lumbre en los incensarios de los altares, por eso lo mataban primero para que no le faltara al señor el copal, que siempre debía estar presente en los ritos. (fig. 1)

Mientras el cadáver se quemaba, se sacrificaban algunos esclavos que habían pertenecido al difunto y otros que habían llevado los visitantes. El número de los sacrificados dependía del prestigio y la posición del muerto; Motolinía dice que eran entre 100 y 200. Después de sacarles el corazón, los sacrificadores echaban los cuerpos en el mismo fuego que consumía el cadáver del señor. Para que guiase al difunto, mataban un perro, flechándolo con una saeta en el pescuezo. En este relato el perro conducía por las nueve casas del camino, por las barrancas así como para pasar por las aguas. Se quemaban más esclavos en otro lugar.

Al siguiente día se recogían las cenizas del muerto y las ponían en la caja donde se encontraban los cabellos, junto con la piedra verde que habían puesto en la boca del difunto. Encima de la caja se colocaba una figura de madera que era la imagen del señor desaparecido. Sus mujeres y parientes hacían una ceremonia ante la imagen y la caja, esa ceremonia se llamaba *quilonaltia*, “hacer ofrendas al muerto”. Durante cuatro días se hacían honras con ofrendas. Al cuarto día mataban otros esclavos porque se creía que



1. Muerte de un señor noble. Se sacrificaban sus mujeres para acompañarlo, quizás la mujer representada aquí era una de ellas. La alta posición del muerto se nota por la diadema que lleva y por la silla de tules donde el cuerpo está sentado. Según el *Códice Magüabechiano* (66 verso), 1983, II: Z10. Dibujo Aarón Flores

en ese tiempo el ánima iba en camino y necesitaba más gente que le ayudara.

Continuaban los sacrificios, a los 20, 40 y 80 días. Este último era "como cabo de año", ya no mataban más. Sin embargo, cada año se hacían ceremonias ante la caja, sacrificando codornices, conejos, aves y mariposas, al mismo tiempo que ofrecían comida, pulque, flores, caños de tabaco y mucho incienso. Durante cuatro años se repetían las exequias para el "señor principal" y "en esta memoria de los difuntos, los vivos se embeodaban y bailaban y lloraban, acordándose de aquel muerto y de los otros sus difuntos" (*Ibid.* 306).

Motolinía describe las exequias del calzoncín de Michoacán (1971: 301-303). La corteza y el ocote, "la leña de rajadas del pino", se usaban también para quemar el cuerpo del supremo dirigente en esa región. Muerto el calzoncín, su hijo anunciaba su deceso a los señores y principales, quienes lloraban el suceso. Luego se procedía con los ritos funerarios: bañaban el cuerpo y lo vestían con ropas finas, que incluía el bezote de turquesa, emblema de realeza. Colocaban al calzoncín muerto en una litera, con un "bulto" como imagen del difunto hecho de mantas, cubierto con un gran plumaje de largas plumas verdes. Además, ataviaban el bulto con joyas y sandalias y colocaban con la imagen flechas y un arco con su carcax de cuero de jaguar. Acompañaban al cuerpo del difunto, hombres y mujeres que le habían de servir en el otro mundo: siete mujeres que llevaban los bezotes, una servidora que cuidaba las joyas, cocineras, personas para lavarle las manos o darle el orinal, hombres que le peinaban, un servidor encargado de hacer las guirnaldas de flores, un remero, un barquero, los joyeros, los que fabricaban las armas, los médicos, músicos y danzantes, en fin, todos los que le iban a servir en el más allá, por eso tenían que morir con su amo. Estas personas tenían guirnaldas en las cabezas y los rostros pintados de amarillo. (fig. 2)

A la media noche sacaban el difunto en procesión y con música, al patio del templo de Curicaberi, el principal dios. En el patio había una gran hacina de leña de rajadas de pino con mucha corteza, la piel del árbol resinoso.² Los participantes daban cuatro vueltas alrededor de la leña, tocando sus instrumentos al mismo tiempo, entonces colocaban el cuerpo encima de esta madera sagrada y le prendían fuego. Según las crónicas,³ los que iban a morir no

² En otra región a la corteza de árboles se le llama *u pach che*, "su espalda árbol", "la corteza del árbol a la redonda", o sea su piel. (C. Álvarez, 1980, I: 181).

³ *Las Relaciones Geográficas del siglo XVI*, véase t. 9, Michoacán, 1987, además de Motolinía, *Memoriales*, 1971.



2. Bulto de muerte de un principal a quien le ofrecen un esclavo sacrificado quien acompañara el occiso al Mictlan. El cuerpo de señor se incineraba. La figura arriba representa la tierra que es el lugar del enterramiento. Según el *Códice Magliabechiano* (65 verso), 1983 II: 210. Dibujo Aarón Flores

sentían “tanto la muerte, teníanlos ya emborrachados, y enterrábanlos detrás del templo de... Curicaberi” (*Ibid.* 302). El cronista no menciona como les daban muerte. Cuando amanecía, el cuerpo del calzoncin estaba hecho ceniza y las joyas se habían derretido. Llevaban las cenizas a la entrada del templo, donde hacían otro bulto de mantas, el cual vestían con joyas, los plumajes y armas del

calzoncin, luego colocaban una máscara de turquesa donde estaría la cara.

Entonces “hacían al pie del templo... una gran sepultura bien honda, de más de dos brazas y media en ancho... y cercábanla de esteras nuevas por las paredes y en el suelo, e asentaban allí dentro una cama de madera, e tomaban aquella ceniza con aquel bulto compuesto”. Un sacerdote lo colocaba en la sepultura, dentro de una tinaja de manera que mirase al oriente, acompañado por ofrendas y alimentos.

Cervantes de Salazar

En 1553 Francisco Cervantes de Salazar lamentó que los indígenas mexicanos no se liberaron de sus creencias aun cuando morían, al decir que “el demonio no tenía menos cuidado de engañarlos y hacerse adorar d’ellos, que en la vida”, y las costumbres funerarias y otras “aún hasta ahora usan” (1914,1: 63).

Al muerto lo amortajaban y lo colocaban sentado en cuclillas, “a la manera que los indios se sientan”. Sus parientes colocaban mucha leña alrededor del cuerpo, que luego se quemaba. A los esclavos y servidores del difunto que pedían la muerte en vez de ser enterrados vivos con su amo, les daban a beber los casquillos de las flechas, con que luego se ahogaban o los ahorcaban (*Ibid.* 64). En los ritos se entonaban unos cantares tristes que eran especiales para las exequias, en los cuales elogiaban las hazañas del difunto. Eran tan suntuosas las ceremonias fúnebres para los militares de alto rango y tan elogiosas las pláticas (uno de los viejos se dirigiría a los soldados jóvenes, diciéndoles que si se destacaban en la guerra, al morir iban a recibir honores como los que hacían al muerto) que se puede entender que estos funerales se prestaban para hacer propaganda a favor de la vida militar, tan importante entre los aztecas.

A los mancebos se les enterraban con una gran cantidad de alimentos (tamales, frijoles, jícaras de cacao y otros) porque, como todavía les faltaba madurar, necesitaban mucha comida. Sobre sus espaldas se ponía bastante papel y un penacho hecho de papel, con el fin de estar bien ataviados cuando los recibiera el señor de la muerte. A los mercaderes les enterraban con todas sus posesiones: pieles de jaguar y venado, joyas, vasijas, plumajes ricos. (*Ibid.* 65-66). (figs. 3 y 4)



3. Bulto de muerto de un joven. Ofrecen tamales, frijoles, un rollo de papel amate amarrado y un penacho de papel. Según el *Códice Magliabechiano* (68 verso), 1983, II: 57. Dibujo Aarón Flores.

4. Muerte de un comerciante: se hacía un bulto del occiso con sus pertenencias que incluían pieles de jaguar, plumas y objetos de oro. Se quemaba el cuerpo y las cenizas se enterraban con sus posesiones. Según el *Códice Magliabechiano* (67 verso), 1983, II: 210. Dibujo Aarón Flores

El entierro de las mujeres fue casi igual al de los señores, dice Cervantes de Salazar (*Ibid.* 66), pero había una diferencia en los aderezos y las ofrendas para las doncellas, las casadas y las viudas. A las jóvenes las encomendaban a Atlacoaya, diosa del pulque y de las “aguas oscuras”. Las descripciones de los ritos funerarios de este cronista son casi igual al *Código Magliabechiano*, además de estar en forma pictórica en el manuscrito.

Muñoz Camargo

Una rica fuente de información sobre las costumbres mortuorias se encuentran en las *Relaciones Geográficas del Siglo XVI*. Un ejemplo es la “Descripción de la Ciudad y Provincia de Tlaxcala”, por Diego Muñoz Camargo, en la *Relación de Tlaxcala*, vol. 4, 1984: 25-198.

En Tlaxcala, según Muñoz Camargo, las exequias para los caciques, los señores o el “rey”, eran semejantes a las que describen otros cronistas (1984: 197-198). Al difunto lo ponían sentado en andas, vestido y arreglado como si estuviese vivo. Los señores que acompañaban al muerto a la hoguera iban pregonando sus grandes hazañas, sus mujeres e hijos iban llorando. En la hoguera, donde lo quemaban, “se arrojaban sus criados y criadas” —quienes evidentemente no podían protestar—. Otras personas podían acompañar al muerto si lo deseaban. Algunos, menos afortunados, se enterraban vivos para acompañar al cacique o rey, junto con una gran cantidad de alimentos y ropa para el largo viaje al más allá. Es diferente la información de esta relación a las que describen otros relatos sobre el fin de las cenizas: las recogían y “las guardaban amasadas con sangre humana, y les hacían estatuas e imágenes (probablemente de madera o piedra) en memoria y recordación de quien fue”. (*Ibid.* 198). Muñoz Camargo dice que después del entierro, la gente iba a la casa del difunto donde comían espléndidamente y hacían fiestas con bailes y cantares durante veinte o treinta días.

Juan Bautista Pomar

Juan Bautista Pomar nos describe la muerte y los funerales del tlaotoani de Texcoco (1986: 82-83). El cadáver estaba en un aposento ventilado durante cuatro días, vestido con la ropa e insignias reales y con una “pesada losa encima del vientre por que, con su frialdad... y con su peso, no le dejase hinchar”. Llegaban los señores de

México-Tenochtitlan, Tlacopan y de otras ciudades para hacerle honores y le hablaban como si estuviera vivo: que fuese enhorabuena su descanso porque se habían acabado todos los trabajos de esta vida. Pasados cuatro días, vestían el cuerpo con los atavíos del dios Huitzilopochtli, lo incineraban en el patio del templo, y colocaban las cenizas en una caja que se guardaba en la casa real. Luego se hacía un bulto (no dice Pomar de que material fue hecho pero es de suponer que fue de madera resinosa o de corteza), que era la imagen del difunto. Una máscara de turquesa ponían encima del bulto y esto colocaban encima de la caja que contenía las cenizas. Durante algún tiempo diariamente recibían comida, flores y tabaco. Pomar dice que sacrificaban degollando a las viudas y sirvientes que deseaban “ir en su compañía”, dando a entender que su muerte era voluntaria.

Acosta

Joseph de Acosta en 1590 dijo que los mortuorios “eran solemnismos y llenos de grandes disparates”. Era oficio de los sacerdotes hacer las exequias y enterrar a los muertos en las sementeras, patios de sus casas, o algunos en los montes, y a otros los quemaban y ponían las cenizas en ollas que llevaban a los templos. A todos los enterraban con la mayor cantidad de ropas y joyas, y si el muerto era militar o dirigente, con sus insignias —todo esto para que tuviera comodidades en la otra vida. Con el mismo fin, junto con los grandes señores les sacrificaban a todas las personas que le habían servido, incluyendo el sacerdote que acostumbraba atenderlo. En la procesión donde llevaban al difunto con toda la suntuosidad del funeral, algunos sacerdotes iban cantando, otros tañendo “tristes flautas y tambores”, otros incensando con copal. El sacerdote principal “iba ataviado con las insignias del ídolo a quien había representado el muerto, porque todos los señores representaban a los ídolos...”. Al difunto lo llevaban al lugar donde habían de incinerarlo, lo rodeaban a él y a sus pertinencias de tea y pegábanle fuego, “aumentándolo siempre con madera resinosa” (1962: 228-230).

“Luego salía un sacerdote vestido con atavíos del demonio, con bocas por todas las coyunturas y muchos ojos de espejuelos, con un gran palo con que revolvían todas aquellas cenizas con gran ánimo y denuedo... y algunas veces este ministro sacaba otros trajes diferentes, según era la cualidad del que moría” (*Ibid.* 230).

Las últimas líneas son casi iguales a la descripción que da Diego

Durán (1967,11: 311-312) de la quema del cadáver de Tízoc. Sabemos que Acosta tuvo acceso al manuscrito de Durán y utilizó algunas secciones de su obra. Sin embargo, hay pequeñas diferencias y lo escrito por Durán es más rico. Citamos:

Salía tras [los que atizaban el fuego para la cremación]... el rey y señor del infierno, vestido a la manera de un demonio muy fiero. Traía por ojos unos espejos muy relumbrantes y la boca muy grande y fiera, una cabellera enrizada... y en cada hombro traía una cara con sus ojos de espejos, y en los codos, sendas caras y en la barriga, otra cara, en las rodillas, sus ojos y caras ...traía en la mano [un] palo enalmagrado y andaba alrededor de la lumbre, como mandando a los otros que se diesen prisa...

Los ojos y caras en las coyunturas cuyas bocas “mordían como bestia salvaje” son diagnósticas de la deidad de la tierra, según la *Historia de México* (1973: 108). Y la diosa del agua, que era tan importante en los ritos del nacimiento y la muerte, se encontraba presente en esta ceremonia, con su racimo de hojas de árbol:

También... el que andaba con la jícara verde en la mano y con el hisopo de hojas de laurel rociando a la gente y señores, que andaba vestido a la semejanza de la diosa de las aguas, que ellos llaman Chel-chiuhtlicue. (Durán 1967, 11: 312).

El betún con que se embijaban los sacerdotes mexicas tenían como base el tizne del ocote quemado y su humo, “la cual tea y humo fue muy tenido y reverenciado antiguamente y era particular ofrenda de los dioses”. A este tizne sagrado se añadía una mezcla de arañas, alacranes, ciempiés, víboras, y otras criaturas ponzoñosas maceradas con semillas de *ololiuhauí* y tabaco, que se llamaba *teotlacualli*, “comida divina”. (*Ibid*, I: 51).

Herrera

Antonio de Herrera, en el año de 1601, decía las mismas palabras que Acosta al descubrir los mortuorios, lo que indica que no existían leyes de plagiarío en la época colonial (1945, IV: 128-129). Pero Herrera añade unas líneas sobre la muerte del cacique. Cuando se enfermaba,

... los sacerdotes hacían grandes Sacrificios, Romerías, Promesas, ¡Ofrendas, i todo se cumplía con mucho cuidado, i... así moría, se

hacían las Obsequias Funerales con gran majestad: ofrecían, por el cuerpo del Difunto, poníanse delante ¡hablauanle; estaba delante un Esclavo vestido Realmente, i servido como si fuera el muerto; enterrábanle a Media Noche quatro Religiosos en los Montes o Prados, o en alguna Cueva; i con el Esclavo, que representaba al Muerto, otros dos Esclavos i tres Mujeres, que llevaban borrachos, i primero los ahogaban, para que sirviesen al Cacique en el otro Siglo: Amortajábanle con muchas mantas de Algodón, con una máscara en la cara, Zarcillos de Oro en las Orejas, i Joias al cuello, i Anillos en las Manos, i en la Cabeza una Mitra; poníanle una Capa Real, i así los enterraban en la Sepultura, hueca, sin echar tierra encima; hacían cada año las Honras en el día de su Nacimiento, i no en el que moría. Los Labradores no tenían tantas ceremonias, porque les faltaba lo necesario para los Casamientos, Partos, i Enterramientos... (*Ibid.*).

Torquemada

Fray Juan de Torquemada describe los ritos mortuorios de los señores de Nueva España de una manera similar a los otros cronistas: vestir al muerto con varias ropas, 15 o 20, poner una piedra *chalchihuitl* en la boca y una máscara sobre la mortaja, unas guedejas de cabello en una caja “bien labrada y pintada por dentro con figuras del demonio” (1977, iv: 300), y la mortaja cubierta con los atavíos del dios principal.

Al llegar los dolientes al templo, subían el cuerpo del difunto hasta la cima, donde “pegábanle fuego con leña de tea resinosa, mezclada con el incienso que llamaban copalli”. Luego sacrificaban a los esclavos, sirvientes y mujeres del muerto, a quienes quemaban en una hoguera aparte. Al otro día se ponían las cenizas del señor fallecido en la caja con los cabellos y una imagen del difunto hecha de madera encima. Cuatro días más tarde se mataban más esclavos, y también a los 40, 60 y 80 días. Entre las ofrendas que se ofrecían, el copal fue una de las más importantes.

En su descripción de “la ceremonia universal de el fuego que estos indios usaban [cada] ...cincuenta y dos años...”, Torquemada (1976, iii: 418-421) dice que en el momento propicio para el rito, al punto de media noche, cuando las pléyades “estaban encumbradas en medio del cielo”, en el cerro Huixachtécatl, “que esta cerca de Culhuacan y pegado al pueblo de Itzpalapan”, mataban un cautivo, abriéndole el pecho y, en el lugar donde habían arrancado el corazón, sacaban el fuego nuevo que iba a asegurar la existencia del mundo por otros 52 años. Se quemaba el cuerpo del sacrificado

en una hoguera muy grande, para que la gente en los pueblos y los montes alrededor, que esperaban ese momento, la viesen y celebrasen con voces y alaridos. Luego unos corredores llevaban fuego de la hoguera “en unas teas de pino, hechas a manera de hachas... y era muy de ver la muchedumbre de las candeladas de cada pueblo” que convertían la noche en luz de día. En Tenochtitlan, los encargados de llevar el fuego sagrado lo llevaban al templo del dios Huitzilopochtli y lo ponían sobre un altar, con mucho incienso de copal blanco.

Torquemada, igual que Clavigero, habla no solamente de los funerales de “los reyes y señores de grande estimación” sino también de las costumbres que eran comunes a todas las personas que morían. Subraya la importancia de los papeles de corteza que cortaban “ciertos viejos”, que en esa época seguramente era papel de amate. También cuenta que por cada páramo donde pasaba el alma del muerto, había un papel cortado que representaba el lugar y que se colocaba con el difunto. Se quemaban todos los papeles junto con las ofrendas (huipiles y enaguas si era mujer), para darles calor en el frío viaje al otro mundo (*Ibid.* 307).

Al perro bermejo que acompañaba al difunto para ayudarlo a cruzar el río Chicunahuapan, lo sacrificaban también, y todavía dando importancia al producto de la piel del árbol, “en los entierros de los nobles usaban llevar un pendón de papel, de cuatro brazas de largo, compuesto y engalanado con mucha pluma rica” (*Ibid.* 308).

Clavigero

Francisco Javier Clavigero contribuye con algunos datos diferentes al estudio de las costumbres funerarias. Su fuente es tardía (1779-1781). El jesuita cita a otros autores anteriores, por ejemplo Francisco Hernández, Joseph de Acosta y López de Gómara. Sin embargo, aquí presentamos unos datos que difieren de otros cronistas, sobre todo por el uso del papel en las exequias (1945, 11: 186-191).

Al morir una persona, los familiares llamaban a los “maestros de ceremonias fúnebres”. Dentro de la casa, estos maestros cortaban “un buen numero de papeles [de amatl]⁴ y vestían el cadáver

⁴ Maximino Martínez, 1987: 54, identifica el amate como “nombre que se aplica a las higueras silvestres del género *Ficus*: *F. padifolia*, *F. Segoviana*, *F. involuta*, *F. petiolaris*, etc.”

Sahagún (1969, III: 285) describe el *amaquauitl* como un árbol con corteza lisa y de color verdosa, de la cual hacen papel.

con papel. Al soldado lo vestían con el atavío de Huitzilopochtli, dios de la guerra, al mercader con el de Yacatecuhtli su patrón, al esterero, con el de Nappatecuhtli, dios de los que trabajaban los tules. Cada muerto llevaba el vestido del protector de su oficio, aunque Clavigero dice que “al que moría ahogado vestía el traje de Tlaloc, al borracho el de Tezcatzoncatl o de Ometochtli —dioses del vino—, y al que moría ajusticiado por adulterio el de Tlazolteotl”. Derramaban agua de una pequeña vasija en la cabeza del muerto y colocaban una jarra de agua en la mortaja, diciéndole que era la que gozaba en la vida y la que necesitaba en su viaje. Para el largo viaje pasaba por nueve lugares peligrosos (aunque Clavigero sólo menciona siete), los sacerdotes o maestros ponían en el muerto papel cortado, seguramente con figuras especiales, para cada estación en su peregrinación: el primero, para pasar bien entre los cerros que se juntaban y podían aplastar al viajero; el segundo, para defenderse de una gran serpiente; el tercero, como protección contra el cocodrilo *xochitonal*; el cuarto para poder pasar por ocho desiertos; el quinto como salvoconducto para los ocho collados; el sexto para protección contra los vientos que cortaban como cuchillos, y para crear calor en ese lugar de vientos helados, dice el cronista, se quemaban la ropa y las posesiones del difunto. El séptimo lugar donde se necesitaban los papeles cortados era el sitio donde el *techichi*, el perrillo “de pelo rubio”, le ayudaba a cruzar el río Chiuena-huapan (*sic*). Ya entregados los papeles protectores, se quemaba el cuerpo, se recogían las cenizas en una olla “y echaban en ella una piedra preciosa mucho o de poco valor, según la posibilidad del difunto”, para que sirviera como corazón en el otro mundo. Enterrada la olla con los restos, la gente ofrecía “pan y vino” durante cuatro días (*Ibid.*: I. 88).

Cuando el tlatoani se enfermaba, se ponía una máscara a la estatua de Huitzilopochtli y otra a la de Tezcatlipoca (Clavigero no describe las máscaras), y no se las quitaban hasta que el enfermo sanaba o moría. Cuando moría, hacían sus exequias de la misma manera descrita por otros cronistas: se le ataviaba como al dios principal, se colocaba una máscara sobre la cara y se le ponía una cuenta de piedra verde en la boca. En la procesión al templo, iban los grandes señores, los deudos y las mujeres del difunto y los sacerdotes. Colocaban el cadáver en la pira que ya estaba preparada en

Francisco Hernández (1959, I: 83) dice del *amaquauhtl* que hace en los montes de Tezoztlan y “con frecuencia se mira hormiguar una multitud de obreros que fabrican de este árbol un papel ... [que es] útil entre estos indios occidentales para celebrar las fiestas de los dioses, confeccionar las vestiduras sagradas, y para adornos funerarios”.

el atrio, “con leña odorífera y resinosa con una gran cantidad de copal...” (*Ibid.* 189). Se sacrificaban algunas de las mujeres del tla-toani y los esclavos, después se guardaban las cenizas del muerto en un cofre. Las ceremonias en honor del difunto se llevaban a cabo periódicamente, y cada año se le ofrecían mariposas, codornices, alimentos, flores, copal y canutillos de tabaco.

Sahagún

Probablemente la descripción mejor conocida de los lugares donde iban las ánimas de los difuntos es la de fray Bernardino de Sahagún (1969, I: 293-298; *Florentine Codex* 1952, 111: 40-42). Otros cronistas han hablado de estos pasos o estaciones, por ejemplo Motolinía (1971: 306-307) y Torquemada (1977, IV: 308-311), vamos a referirnos a Sahagún.

El franciscano habla de los tres lugares donde iban los mexicanos después de morir. Uno era el “infierno” regido por Mictlantecuhtli, Señor de la Muerte, también llamado Tzontemoc, y su mujer Mictecacihuatl. A ese lugar, el Mictlan, iban los que morían de enfermedad. Las exequias son descritas con los mismos términos que se encuentran en las obras de algunos otros cronistas. Es interesante ver que la descripción del arreglo del muerto, del uso de los papeles en su atavío y del hecho de entregar al difunto un papel cortado para protegerlo en cada páramo peligroso donde tenía que pasar en su camino al infierno, es casi idéntica a la de Clavigero (1945, II: 186-191) y Torquemada (1977, IV: 307), lo que indica que en el México colonial fue común la práctica de consultar y usar los escritos de otros cronistas.⁵

Aparte del Mictlan, los otros dos destinos para el muerto eran el Tlalocan o paraíso terrenal para los que morían en el agua o por rayos, así como también para los que morían de lepra, gota, sarna e hidropesía; y la Casa del Sol, donde iban los guerreros muertos en batalla y las mujeres muertas en el parto.

Los ocho páramos por donde pasaba el alma del muerto —que eran como capas, una encima de otra, con la novena hasta abajo,

⁵ En el Prefacio de la edición de 1971 de los *Memoriales* de Motolinía, Miguel León-Portilla escribe: “Numerosos autores hablan de aprovechar sus escritos. Los también franciscanos Jerónimo de Mendieta, Juan de Torquemada y Agustín de Vetancurt incorporaron en sus historias considerables porciones de lo que había dejado fray Toribio. Lo mismo hicieron, entre otros, Francisco López de Gómara, fray Bartolome de las Casas, el oidor y cronista Alonso de Zorita y fray Agustín Dávila Padilla que vieron en Motolinía fuente digna de todo crédito”. (1971: vii).

en sentido contrario a las capas del cielo (F.C. 1952, III: 42, n. 6)—eran los conocidos pasos: el *itzehecayan* o viento de navajas, el paso entre montañas que cerraban a golpes, las tierras desérticas, el gran río donde se pasaba con la ayuda de un perro bermejo, el encuentro con algunos animales feroces, el jaguar al cual había que darle la piedra *chalchihuitl* que llevaba el muerto en vez de su corazón (que quería comer la bestia), y otros. Por fin, al llegar al Mictlan, el difunto entregaba al Señor de la Muerte su manta y otras ropas, pero sobre todo los papeles, manojos de tea, y las tiras de ocote.

Sahagún habla de los mercaderes y los soldados que encontraban la muerte lejos de sus hogares y por eso sus familiares no tenían su cadáver. Si al mercader le mataba un enemigo (es decir, cuando también era soldado o espía), los de su casa hacían una estatua de tiras de ocote, atadas unas con otras. Vestían la imagen con la ropa del difunto y con “diversa manera de papeles con que acostumbraban a aderezar a los muertos, y ofrecíanle delante otros papeles”. Luego llevaban la figura de *tea* al templo y la quemaban en “el patio que llamaban *quauhxicalco* o *tzompantitlan*”. Pero si el mercader se había muerto de enfermedad le hacían la misma estatua, que luego quemaban a la puesta del sol en el patio de su casa en vez del templo. (SAH 1969, I: 345; F.C. 1959, IV: 69).

Durante la fiesta del cuarto mes, Quecholli, se hacían las honras a “los que habían muerto en la guerra”, no se hacían con estatuas de ocote sino con la fabricación de saetas. La misma ceremonia se realizaba para los cazadores fallecidos. Con algunas saetas pequeñas que servían como ofrendas a los muertos, se hacían bultos de cuatro palos de ocote amarrados con cuatro saetas. Poníanlos con dos tamales encima de las sepulturas y a la puesta del sol se quemaban las teas y las saetas. El carbón y la ceniza se enterraban sobre la sepultura del muerto “a honra de los que habían muerto en la guerra” (1969, I: 126, 303; F.C. 1957, II: 25, 136).

Durán

La mejor descripción de las exequias de los guerreros muertos, en la que se hacían estatuas de los difuntos en pino resinoso, se encuentra en la obra de fray Diego Durán (1967, II: 287-300, 435-436). En estos ritos vemos otra vez la importancia de los bultos de los muertos fabricados con rajas de pino resinoso. Se vestían las estatuas de ocote con mantas; la cara, ojos y la boca se hacían de papel de amate,

las armas se ponían en el lugar de las manos. Las viudas ofrecían comida y pulque a las estatuas, que se ponían en el lugar de la imagen de su marido. A la puesta del sol los viejos encargados de la ceremonia prendían fuego de ocote. Las viudas ofrecían papel, copal y "sacrificios ordinarios" en el templo, y después escuchaban a los viejos que les dirigían unas pláticas de consuelo y las mandaban "a sus casas alegres y consoladas" (*Ibid.*, II: 290). Al morir en el campo de batalla los señores nobles, por ejemplo los hermanos de Motecuhzoma II o el tlatoani Tizoc (en su palacio), las imágenes de ocote se quemaban frente a la estatua de Huitzilopochtli y las cenizas las enterraban en "el altar de las águilas, que ellos llamaban, que era junto a la piedra del sol" (*Ibid.*, II: 316, 436). Los aliados que asistían a las exequias traían muchos regalos al difunto y le hacían solemnes pláticas:

Ya estas acostado y descansando a la sombra de los prados sombríos de las nueve bocas de la muerte y en la casa de la lumbre resplandeciente del sol donde tus antepasados están.

Entre los regalos más apreciados, los señores de Chalco traían una "gran cantidad de corteza de árboles y tea, que eran para quemar los cuerpos de los señores, y así tenían a aquel género de leña en gran reverencia". (*Ibid.*, II: 296). El *Pinus teocote*, "pino divino", se utilizaba exclusivamente para la cremación de los *tlatoque* y los nobles; se prohibía su uso para los demás (SAH 1969, III: 284; Hernández 1959, I: 111).⁶

El hecho de que las imágenes se hiciesen con pino resinoso —el ocote, la tea, la corteza— quizás se debió no solamente a las propiedades del pino, que se quema con una "muy hermosa brasa" y que crece en casi toda las regiones de México. El uso de este material especial pudiera referirse a un carácter sagrado que adquiriría el tlatoani o el guerrero al morir después de haber cumplido con sus deberes con el estado y la religión, ya que los árboles resinosos se consideraban divinos (Sahagún 1969, III: 283). Las estatuas de esta madera se hacían no solamente para los humanos destacados sino también para los mismos dioses. El ocote es un material deleznable con el tiempo. Sin embargo, se han conservado dos figuras de deidades hechas de madera resinosa que se encontraron en una cueva en las faldas del Iztaccihuatl. Una representa al dios del agua y la

⁶ Para los ritos en el templo de Tezcatlipoca, los servidores tenían que traer para el brasero divino, leña de ciertos árboles porque "ninguna leña se quemase sino solo aquella que ellos traían" (Durán 1967, I: 54-55) aunque Durán no identifica esos árboles sagrados.

tierra, Tlaloc, y la otra, incompleta, es una figura femenina que se supone que es Chalchiuhtlicue, diosa de las aguas terrenales (Navarrete, 1968: 39-41). Sabemos por una oración a Tlaloc que este dios era “el señor del copal” (Sahagún 1969, II: 81; FC 1969, VI: 35), y que el copal era una de las partes sagradas del árbol.

Ya que el papel de corteza se utilizaba en todas las exequias y en muchas otras ceremonias, preguntamos si se fabricaba localmente. ¿Había un gremio de especialistas en hacer papel, como hoy día existe en la Sierra Norte de Puebla, en algunos pueblos de Veracruz y en otras partes, se importaba por comercio o se recibía como tributo?. En el *Códice Mendoza* (1992, I: 155-159) encontramos 32,000 (¿hojas, bultos?) de papel entregado anualmente a Tenochtitlan, aunque en el análisis de las cosas recibidas en el estudio del código, no se nombran los sitios que tributaban papel. En las mismas tablas del estudio vemos que la capital mexicana recibía en tributo, también, 4,800 bultos de leña, 64,000 bolas de copal en forma bruta y 3,200 canastas de copal blanco refinado, cada año. Los datos vienen del *Códice Mendoza*, la *Matrícula de Tributos e Información de 1554* (Berdán en *Codex Mendoza*, 1992).

Como Sahagún decía, hay diferentes maneras de morir —por agua, por fuego, por las armas en la guerra. A los que morían por agua— al ahogarse por ejemplo, o por haber sido tocados por rayos que eran controlados por los dioses del agua se les enterraba para que estuvieran en el Tlalocan, paraíso de los Tlaloque, pequeños diositos acuáticos. A las mujeres que morían en el parto se les deificaba, llamándoles Cihuapiltin, y las enterraban junto al templo de estas mujeres divinas (Sahagún 1969, I: 293-297). Los guerreros muertos, los compañeros del águila, conducían al sol desde el amanecer hasta el cenit y de aquí las Cihuapiltin, que se consideraban guerreras por haber tomado un prisionero (el hijo), lo acompañaban hasta el occidente, donde el astro moría para luego volver a nacer la siguiente mañana.

A algunos muertos se les enterraba en cuevas o en el monte, pero la mayoría de las personas eran incineradas, a los tlatoani con mucha ceremonia, como hemos visto. Por lo general los acompañaban sus mujeres y su servidumbre para servirles en el otro mundo. A los tlatoani se les vestía con la indumentaria de algún dios o algunos dioses, a veces cuatro, y sus cenizas eran depositadas en una urna junto con una pieza de jade que se conservaba a los pies de Huitzilopochtli en el templo de este dios, como lo indica Durán. En vida, el tlatoani era “como árbol de gran sombra... debajo de la cual se quieren meter y amparar [tus súbditos] para gozar del

frescor de tu amistad y de tu amor; son como plumas de tus alas (Durán, 1967, II: 127). En la muerte, igual que en la vida, el tlatoani continuaba en un lugar privilegiado, en el templo del dios regidor, visto como una de las plumas preciosas que siempre sería respetado por el pueblo (*Ibid.* 397).

En resumen; como decían los poetas de habla náhuatl, al dirigirse al Dador de la Vida, "*Tu nos estimas como si fuéramos flores; aquí nos marchitamos... el jade se rompe, la pluma se rasga Es una flor nuestro cuerpo, abre unas cuantas corolas; entonces se marchita...*" (Garibay, 1952: 124, 135). Aún cuando el tlatoani se marchitaba y desaparecía, quedaba al cuidado de su gente en forma deificada, como podemos leer en el *Códice Matritense* (León-Portilla, 1969: 62): "... los ancianos decían que el (Tlatoani) que moría, se convertía en dios; decían, 'Allá se hizo dios', que quería decir que se había muerto".

OBRAS CONSULTADAS

ACOSTA, Josep de

1962 *Historia natural y moral de las Indias*, 1590, ed. Edmundo O'Gorman. 2a. edición. México, Fondo de Cultura Económica.

ÁLVAREZ, Cristina

1980 *Diccionario etnolingüístico del idioma Maya yucateco colonial*, v. I: Mundo físico. México, Instituto de Investigaciones Filológicas y Centro de Estudios Mayas, UNAM.

BERDAN, Frances F, & Patricia Rieff Anawalt, eds.

1992 *The Codex Mendoza*, 4 vols. Berkeley, Los Angeles, Oxford. The University of California Press.

BOONE, Elizabeth Hill

1983 *The Codex Magliabechiano*. 2 vols., I: facsímile del código Pictórico, con Introducción de E.H. Boone y comentario de Zelia Nuttall, 1903. II: texto por Boone. Berkeley, The University of California Press.

CERVANTES DE SALAZAR, Francisco

1914 *Crónica de Nueva España. Papeles de Nueva España*, compilados por Francisco del Paso y Troncoso. Tercera Serie, Historia, v. I. Madrid, Hauser y Menet.

CLAVIGERO, Francisco Javier.

1945 *Historia Antigua de México (1779-1781)*, 4 vols. México, Porrúa.

DURÁN, Diego.

1967 *Historia de las Indias de Nueva España*, ed. Ángel Ma. Garibay K. 2 vs. México, Porrúa.

- GARIBAY K, Ángel María
 1952 *Poesía Indígena de la Altiplanicie*, 2ª edición, UNAM; México. Biblioteca del Estudiante Universitario.
- HERNÁNDEZ, Francisco
 1959-1984 *Historia Natural de Nueva España*, México. UNAM, v. VII.
- HERRERA, Antonio de
 1945 *Historia General de los hechos de los Castellanos en las Islas. y Tierra Firme de el Mar Oceano*, 1601. 4 v. Reproducción de la segunda edición de 1726-1730, Asunción de Paraguay, Editorial Guaranía.
- HEYDEN, Doris
 1994 "Trees and Wood in life and Death", en *Chipping Away on Earth. Studies in Prehispanic and Colonial Mexico in Honor of Arthur J.O. Anderson, and Charles E. Dibble*, Eloise Quiñones Keber, de., Labyrinthos Lancaster, CA. p. 143-152,
 1993 "El árbol en mito y símbolo", en *Estudios de Cultura Náhuatl* México, UNAM. Instituto de Investigaciones Históricas, v. 23: 199-217.
 1973 "Historia de México". *Teogonía e Historia de los Mexicanos*, ed. Ángel Ma. Garibay K.: 2a. edición. México. Porrúa. p. 91-120. Sepan Cuantos 37.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel
 1971 "Prefacio" en los *Memoriales*. Véase Motolinía
 1986 *Pre-Columbian Literatures of Mexico*, University of Oklahoma Press, Norman and London
- MARTÍNEZ, Maximino
 1987 *Catálogo de Nombres Vulgares y Científicos de Plantas Mexicanas*. 2a. edición. México, Fondo de Cultura Económica.
- MENDIETA, fray Geronimo de
 1945 *Historia Eclesiástica Indiana*, 4 v. México, Salvador Chávez Hayhoe.
- MOTOLINIA, fray Toribio de Benavente
 1971 *Memoriales o libro de las Cosas de la Nueva España y de los Naturales de Ella*. Edición Edmundo O'Gorman, México. UNAM; Instituto de Investigaciones Históricas.
- MUÑOZ Camargo, Diego
 1984 "Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala", en *Relaciones Geográficas del Siglo XVI. Tlaxcala, 1577*, ed. René Acuña. Serie Antropológicas 53, México, UNAM. Instituto de Investigaciones Antropológicas. p. 33-290, Serie Antropológicas.
- NAVARRETE, Carlos.
 1968 "Dos deidades de las aguas modeladas en resina de árbol", en *Boletín INAH*. México, INAH. 33: 35-42.

OVIEDO Y VALDÉS, Gonzalo

- 1945 *Historia General y Natural de las Indias*. Asunción de Paraguay, Guaranía. t. x (hay 14 tomos).

POMAR, Juan Bautista de

- 1941 "Relaciones de Texcoco 1582", en *Relaciones de Texcoco y de la Nueva España: 1-64*. Nueva Colección de Documentos para la Historia de México. México, Salvador Chávez Hayhoe.
- 1986 "Relaciones de Texcoco, 1582", en *Relaciones Geográficas del Siglo XVI: México*, t. 3, v. 8, ed. René Acuña: 45-113. México, UNAM. Instituto de Investigaciones Antropológicas. Serie Antropológica 70.

PONCE DE LEÓN, Pedro

- 1973 "Tratado de los dioses y ritos de la gentilidad", en *Teogonía e Historia de los Mexicanos*, ed. Ángel Ma. Garibay K. 2a. edición. México, Porrúa, p. 121-153. Sepan Cuantos 37.
- 1987 *Relaciones Geográficas del Siglo XVI*, René Acuña ed., t. 9, "Michoacan", México. UNAM.

RUIZ DE ALARCÓN, Hernando

- 1953 "Tratado de las Supersticiones y Costumbres Gentílicas que hoy viven entre los Indios Naturales de esta Nueva España, escrito en México, año de 1629", en *Tratado de las Idolatrías, Supersticiones. Dioses. Ritos, Hechicerías y Otras Costumbres Gentílicas de las Razas Aborígenes de México*, notas y comentarios, Francisco del Paso y Troncoso. 2a. México, Ediciones Fuente Cultural, Navarro, p. 21-180.

SAHAGÚN, fray Bernardino de

- 1969 *Historia General de las Cosas de Nueva España*, ed. Ángel Ma. Garibay K. 4 vols. 2a. edición. México, Porrúa.
- 1950-*Florentine Codex. General History of the Things of New Spain*, trad. del
1982 náhuatl y edición, Charles E. Dibble & Arthur J.O. Anderson. Monographs of the School American Research, 14. Santa Fe, New Mexico, The School of American Research & The University of Utah.

SERNA, Jacinto de la

- 1953 "Manual de Ministros de Indios para el Conocimiento de sus Idolatrías y Extirpación de Ellas", en *Tratado de las Idolatrías, Supersticiones. Dioses. Ritos, Hechicerías y Otras Costumbres Gentílicas de las Razas Aborígenes de México*, notas y comentarios, Francisco del Paso y Troncoso. 2a. edición, México, Ediciones Fuente Cultural, Navarro, p. 39-368

STYLES, Brian T.

- 1993 "Genus *Pinus*; a Mexican Purview", en *Biological Diversity of Mexico: origins and distribution*, eds. P. Ramamoorthy, R. Bve, A. Lot, J. Fa. New York, Oxford University Press, p. 397-420

TORQUEMADA, Fray Juan de

- 1975- *Monarquía Indiana. De los Veinte y Un Libros Rituales y Monarquía Indiana, con el Origen y Guerras de los Indios Occidentales. de sus Poblaciones, Descubrimiento, Conquista, Conversión y Otras Cosas Maravillosas de la Mesma Tierra.* Edición por el Seminario para el Estudio de Fuentes de Tradición Indígena, coord. Miguel León-Portilla. 7 vols. México, UNAM. Instituto de Investigaciones Históricas.

ZURITA, Alonso de

- 1941 "Breve y Sumaria Relación de los Señores y maneras y diferencias que había de ellos en la Nueva España", en *Relaciones de Texcoco y de la Nueva España.* Nueva Colección de Documentos para la Historia de México. México. Salvador Chávez Hayhoe, p. 65-206.

